

HOMILIA X (5, 12-6, 4)

Análisis

San Pablo, después de habernos dicho que hemos sido justificados por la muerte del Hijo de Dios, nos enseña cómo entró la muerte en el mundo. Todos han pecado en uno solo, y su desobediencia ha sujetado a la muerte, aun a los que no comieron el fruto prohibido. Este es el objeto del raciocinio del Apóstol. Pónenos delante el mal que un solo hombre nos causó, y el bien que hemos recibido, también de un solo hombre; para que si los judíos nos preguntan cómo ha podido salvar a todo el mundo la justicia de Cristo, nosotros, a nuestra vez, le preguntemos cómo ha podido la injusticia de Adán condenar a todo el mundo.

Lo cual no quiere decir que haya proporción entre el pecado y la gracia; al contrario, hay una diferencia infinita. Por tanto, si el pecado de un hombre ha sido de tanta consecuencia, ¿por qué no la ha de tener la gracia mayor aún?

La muerte fue consecuencia del pecado y es para nosotros una necesidad ineludible; pero si somos prudentes y avisados, lejos de causarnos perjuicios; será fuente de muchos bienes; porque el que se reconoce mortal, evita el pecado, reprime sus pasiones y guarda en todo moderación y templanza. Además, ¿no fue la muerte la que consagró la memoria de Abel?; ¿la que probó la virtud de Abraham en el sacrificio de su hijo?; ¿la que coronó la vida de San Juan Bautista?; ¿la que eternizó la gloria de los tres niños del horno, y la de Daniel? ;¿la que ciñó las sienes de los Mártires de diademas de radiante gloria?; ¿la que sublimó a los Apóstoles a los más altos tronos del Cielo?

Si el pecado nos arrebató la vida temporal, la gracia nos comunica la eterna, cuyo autor es Jesucristo.—Pues si eso es así, decían algunos, pequemos más y más, para que brille y resplandezca más la gracia—. Mas Pablo refuta esta falsa consecuencia demostrando que, una vez muertos al pecado por la gracia, debemos vivir, de tal suerte que, por más fuerza que contra nosotros haga el pecado, perseveremos firmes, resistiendo a todos sus ataques y prosi-

guiendo, sin descaecer en la vida nueva en que hemos entrado por medio del bautismo.

¡Volver de nuevo apenas recibido éste a los antiguos vicios, y pasar, por decirlo así, de la florida juventud de la gracia a la vejez del pecado! Sería abatir más al alma con la culpa, que abate y encorva la vejez el cuerpo de un anciano.

De esa manera cae la pobre alma en una relajación y disolución tan triste, que no hay en ella un vigoroso arranque ni un pensamiento levantado; todos sus discursos y razonamientos, toda su vida, todas sus delicias quedan reducidas a bagatelas y niñerías; mientras que el alma del justo, por el contrario, está siempre dispuesta a combatir al enemigo.

San Crisóstomo propone a los que se convierten la inefable bondad de Dios retratada en el padre del hijo pródigo. Emprended –les dice– el retorno a vuestro Padre. Poneos en marcha y desaparecerán todas las dificultades. Cesad de pecar y de alejaros más y más, y progresaréis mucho en vuestro retorno. Si os vencéis los dos primeros días, el tercero será mucho más fácil absteneros de pecar, y cada día tendréis menos dificultad en vencer al enemigo y la mala costumbre inveterada. Mientras más se avanza en este camino, más fácil es; y al fin de él se encuentra un gozo inexplicable, representado por el regocijo de la casa del pródigo y la sinfonía y el festín que se celebró a causa de su vuelta.

Por eso, así como a causa de un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte: así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos los hombres pecaron (5, 12).

1. Así como los buenos médicos indagan con sumo cuidado y diligencia la causa y raíz de las enfermedades, a fin de llegar, en cuanto sea posible, hasta la fuente y origen del mal; así lo hace también aquí el bienaventurado Pablo. Porque, habiendo dicho que nosotros habíamos sido justificados y probándolo por el Patriarca Abraham, por el Espíritu Santo y por la muerte de Cristo (porque si no fuera por justificarnos no hubiera muerto), prueba también su aserto por otro capítulo, es a saber, por los contrarios; por qué causa penetró en el mundo la muerte, y cómo extendió su señorío por todo el orbe. Y ¿cómo fue ello? Por el pecado de uno. Y ¿qué quiere decir *porque todos pecaron*? Qué, caído aquel, todos los hombres, aun los que no comieron de aquel fruto, quedaron sujetos a la muerte. *Porque anteriormente a la ley había pecado en el mundo; mas el pecado no se imputa donde no hay ley* (13). Aquello, *hasta la ley*, hay quien lo entiende “desde Adán hasta Moisés”; esto es, en vida de Abel, de Noé y de Abraham.

—Y ¿qué pecado había entonces?— Algunos responden que el que se cometió en el paraíso; pues todavía no se había extinguido, sino que seguía floreciente su fatal fruto; esto es, la muerte, que nos trajo y seguía ejerciendo su tiránico señorío.— Entonces ¿por qué añade: *El pecado no se imputa donde no hay ley*?— Por la objeción que ponían los judíos añadió, esto, dicen los que opinan y hablan como nosotros; pues, no habiendo pecado donde no hay ley, ¿cómo arrebató la muerte a los que vivieron antes de la ley (Mosaica)?

Mas a mí me parece más conforme con la razón y con la mente del Apóstol lo que voy a decir.— Y ¿qué es ello? Que cuando dijo que el pecado estuvo en el mundo hasta la ley, me parece que quiso decir que el pecado originado de la transgresión dominó en el mudo después de dada la ley, y todo el tiempo que ésta duró; porque dice: No puede existir el pecado cuando no hay ley.

Pero dirás: Si este pecado produjo la muerte por la transgresión de la ley, ¿cómo es que los que vivieron antes de la ley murieron todos? Porque si la muerte trae origen del pecado, y no habiendo ley el pecado no se imputa, ¿cómo es que dominaba entonces la muerte?—

Es, pues, evidente que no es el pecado (personal) que consiste en la transgresión de la ley, sino el pecado de desobediencia de Adán el que lo echó todo a perder. Y ¿cuál es la prueba de esto?— Que antes de la ley morían todos. *Reinó, dice, la muerte, desde Adán hasta Moisés, aun sobre los que no habían pecado.* Y ¿cómo reinó?— A semejanza de la prevaricación de Adán, que es (tipo) figura del que había de venir (14). Pues por eso es Adán tipo de Cristo.— ¿Cómo tipo?— Porque como aquél, a los nacidos de él, aunque no haya comido el fruto, les fue causa de la muerte incurrida por el manjar, así también Cristo a los suyos, aunque no hayan obrado justicia, les granjeó la justificación que nos dio por la cruz. Por eso siempre y en todas partes insiste en esto mismo y lo repite con frecuencia diciendo: Así como por un hombre entró la muerte en el mundo (v. 12), por el pecado de uno murieron muchos (15); y no como por un pecador, así fue el don (16); pues si por el delito de uno (17); y otra vez: Como por la desobediencia de un hombre fueron constituidos pecadores los que eran muchos (19); y no cesa de repetir este *uno*: para que cuando diga el judío: ¿Cómo por las santas obras de solo Cristo alcanzó salvación el mundo?, puedas contestarle: “¿Cómo por la desobediencia de solo Adán se condenó el orbe?”; aunque no hay parecido ni semejanza entre el pecado y la gracia, entre la muerte y la vida, entre el diablo y Dios, sino diferencia inmensa.

Siendo, pues, evidente la sobreabundancia de la redención de Cristo, por la naturaleza misma de la cosa, ya por el poder del que la tomó a su cargo y le dio cima, ya por el decoro y gloria divina, pues es más propio y más honroso a Dios el perdonar que el castigar (*Deus cui propium est misereí semper et parcere*. Orac. de la Iglesia), ¿qué razón puedes alegar para no creer?

Pues que lo hecho esté fundado en muy buena razón lo demuestra diciendo: *Mas no es el don cual fue el delito; pues si por el delito de uno mueren todos, mucho más copiosamente se ha derramado sobre todos la misericordia y el don de Dios por la gracia de un solo hombre, Jesucristo* (15). Esto es, si fue tanto el poder y eficacia del pecado, y pecado de un solo hombre, ¿cómo no ha de sobrepujarlo, y con mil tantos, la gracia, y gracia de Dios, y no sólo de Dios Padre, sino también de Dios Hijo, pues es cosa tan razonable y justa? Porque sufrir uno penas y castigos por otro no parece justo y equitativo; mientras que ser uno dado por libre y salvo por cara de otro es cosa

más decorosa y conveniente. Luego si se hizo aquello, mucho más esto.

2. Mas ya, que esto sea decoroso y congruente, con lo dicho lo dejó ya probado; pues, demostrado aquello, fácilmente se admitía esto; mas, que sea también necesario, lo prueba por lo que a continuación dice.— Pues ¿qué es lo que dice?— *Y no fue la dádiva como el pecado de un solo culpado; pues la condenación nos vino de un solo pecado; mientras que la dádiva (de Cristo), después de destruir muchos delitos, culmina en justificación* (16). ¿Qué nos enseña aquí?— Que un pecado tuvo la triste eficacia de traernos la muerte y la condenación; mas la gracia borró y destruyó no sólo aquel, sino todos los que después se cometieron. Pues para que no creas que las partículas *así y como* denotan igualdad entre males y bienes, y al oír el nombre de Adán, fueras a figurarte que sólo destruyó el pecado por él cometido, dice que Cristo los borró y canceló todos.— Y por eso, ¿cómo se prueba?— Porque, después de los infinitos pecados que a aquél han seguido, ha venido a rematar todo el negocio en la justificación. Y en donde reina y florece la justicia, allí está la vida, allí el cortejo de incontables bienes; y en donde está el pecado, allí está la condenación y la muerte.

La justicia raíz de la vida.— Porque la justicia es más que la vida, pues es su raíz. Ahora bien, que hayan sobrevenido innumerables bienes, y haya sido destruido no sólo aquel pecado, sino todos los demás, lo declara diciendo: *La gracia, partiendo de muchos delitos, acaba en justificación*. De donde también se deduce que la muerte queda arrancada de raíz.

Resta probar lo segundo que dijo ser mayor que lo primero, pues lo primero que dijo fue que, si el pecado de uno entregó a muchos a la muerte, con mucha mayor razón podrá salvarlos la gracia de uno: luego mostró que la justicia no sólo destruyó aquel pecado; sino todos los demás; y que no sólo limpió las manchas de las culpas, sino que, además, nos dio la justicia; y que no nos aprovechó Cristo solamente tanto cuando Adán nos había perjudicado, sino incomparablemente más. Habiendo, pues, afirmado tantas cosas, se necesitaban también mayores prueba. Y, ¿cómo las da? *Porque si por el delito de uno reinó la muerte por causa de él solo, mucho más los que reciben la sobreabundancia de la gracia y el don de la justicia, reinarán en la*

vida por un solo, Jesucristo (17). Esto es, ¿qué es lo que armó a la muerte contra todo el mundo?— El haber comido un solo hombre del fruto velado. Si, pues, la muerte recibió tanta fuerza de un solo delito, habiendo habido muchos que recibieron una gracia y una justicia mucho mayor que aquel pecado, ¿cómo podían permanecer todavía bajo el poder y señorío de la muerte? Por eso aquí no dijo gracia, sino *sobreabundancia de gracia*. Pues de aquella gracia hemos recibido no solamente lo necesario para borrar el pecado, sino mucho, muchísimo más.

Enumeración.— Porque por ella nos libró el Señor del suplicio, nos desnudó y limpió de toda malicia y, sepultado el hombre viejo, nos regeneró y resucitó a nueva vida; nos redimió y santificó, nos hizo hijos adoptivos, nos justificó y nos hizo hermanos y coherederos suyos; más, su cuerpo y su carne, uniéndonos a Sí como el cuerpo a su cabeza.

A todas estas cosas llamó Pablo *abundancia de gracia*; mostrando que no sólo recibimos una medicina eficaz y acomodada a nuestra enfermedad, sino salud completa, hermosura, honor, gloria y dignidades que superan con mucho nuestra naturaleza. Cosas tales, que cada una de por sí bastaba para matar y destruir la muerte, y juntas, la arrancan tan de raíz, que no dejan ni rastro de ella.

Símil.— Es como si un acreedor lanzara a la cárcel a un deudor, porque no le pagaba la exigua cantidad de veinte pesetas; y no sólo a él, sino también a su mujer, hijos y criados por causa suya, y llegase uno y le diera, para librarlo de su angustiada situación, la enorme suma de diez mil talentos de oro (= unos 670 millones de pesetas), instalándolo además en regios alcázares, y elevándolo a un excelso solio, le hiciera partícipe del supremo esplendor del imperio; a la vista de tanta riqueza y magnificencia, ¿se acordaría, por ventura, el acreedor de su préstamo de veinte pesetas? Así ha sucedido con nosotros.

Porque Nuestro Señor Jesucristo pagó muchísimo más de lo que nosotros debíamos, y tanto más cuanto el inmenso piélago excede a unas gotas de agua. Al ver, pues, tan inmensa riqueza, rechaza, ¡oh hombre, toda duda, y no preguntes cómo se ha apagado aquella chispa de muerte y de pecado al caer sobre ella la inundación de tan inmenso mar de dones y carismas! Lo cual indicó Pablo diciendo: *Los*

que recibieren la sobreabundancia del don y de la justicia, reinarán en la vida: y una vez claramente demostrado esto, vuelve al primer silogismo y lo confirma repitiendo: Si por el delito de aquel fueron castigados, ¿cómo no han de ser justiciados por Cristo? *Por consiguiente, así como por el delito de uno solo recae sobre todos los hombres la condenación, así también por la obra de justicia de uno solo vino a todos los hombres las justiciación de su vida* (18).

Y sobre esto vuelve otra vez a la carga diciendo: *Pues así como por la desobediencia, de un solo hombre fueron todos constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo serán hechos todos justos*. Palabras son éstas que parecen engendrar una muy gran dificultad. Mas, si bien se considera, quedará fácilmente resuelto.— Pero ¿cuál es la dificultad?— Que dice que, por la desobediencia de uno, quedan hechos pecadores muchos. Porque, al pecar aquel y quedar hecho mortal, queden también hechos tales los que de él nacen, no es cosa inverosímil; mas, que por la desobediencia de aquel, se hagan otros pecadores, ¿qué razón hay para tal cosa?; pues parece que no debe pagar uno la pena si no toma por sí mismo parte en la culpa.

3. ¿Qué significa pues, aquí aquello: *Pecadores*? Según mi parecer, sujetos al suplicio y condenados a muerte. Por eso que, muerto Adán, hayamos quedado todos hechos mortales, lo demuestra clara y abundantemente; mas lo que se pregunta es por qué se hizo tal cosa. Y eso no lo dice, porque no era *ad rem*: puesto que la disputa era contra el judío que duda de la justicia derivada a todos los hombres de uno solo, burlándose de ella. Por eso, después de demostrar que el suplicio se derivó de uno a todos los hombre, no añade por qué se hizo así, pues no le gusta decir cosas superfluas, sino insistir en las necesarias. Pues a tratar de esto no le obligaba más que al judío la ley de la disputa. Por eso dejó sin revolver la cosa.

Mas si alguno de vosotros pregunta la causa, contestaremos que a nosotros, si somos juiciosos, y sabemos aprovecharnos de ella, no nos ha traído perjuicio alguno esta condenación, sino antes grandes provechos el estar sujetos a la muerte. Y primeramente para que, viviendo en un cuerpo mortal (y que pronto morirá por tanto) no pequemos. Segundo, para que de aquí saquemos innumerables enseñanzas saludables. Porque la muerte nos enseña a guardar moderación en todo, a vivir con gran templanza, a refrenar nuestras pasiones y abstenernos de toda maldad.

Además de ésto, y aun antes que ésto, nos trajo muchos bienes. Porque ¿de dónde nacieron las coronas de los mártires, de dónde los galardones de los Apóstoles? Así se santificó Abel, así Abraham con el sacrificio de su hijo, así Juan, matado pro su amor a Cristo, así los tres niños y así Daniel. Y es así que, si nosotros queremos, ni la muerte ni el mismo diablo podrán causarnos daño alguno.

A lo cual puede añadirse que la inmortalidad nos está aguardando y, después de una breve corrección, entraremos en la posesión y goce de los eternos bienes, después que en esta vida, como en un aprendizaje, hayamos sido enseñados, impuestos y preparados para la consecución de aquella inefable felicidad, por medio de enfermedades, pruebas, tentaciones, pobreza y otros semejantes ejercicios.

La ley aumentó la enfermedad y las caídas.— Pues y la ley ¿no puso remedio a tanta miseria? Después de mostrarnos al orbe condeñado por culpa de Adán y librado del suplicio por Cristo, indaga oportunamente acerca de la ley, deprimiendo y rebajando la opinión que de ella tenían. Pues no sólo no aprovechó ni ayudó nada, sino que, al entrar ella en funciones, se aumentó y agravó la enfermedad. Aquel *ina* (=ut) no denota aquí la causa o fin, sino el evento. Porque no se dio la ley para que abundara el pecado, sino para disminuirlo y acabarlo; y si acaeció lo contrario, no fue por la naturaleza de la ley, sino por la malicia de los que la recibieron.

Mas ¿por que no dijo, se dio la ley, sino (sobrevino, se introdujo a hurtadillas, se atravesó) se metió de por medio la ley? Para dar a entender que su vigencia era cosa provisional y peculiar de aquel pueblo y que no era la maestra principal. Lo cual enseña también, aunque de otra manera, en la *carta a los Gálatas: Antes de venir la fe estábamos como encerrados bajo la guarda o custodia de la ley hasta recibir la fe que había de revelarse* (Gal., 3, 23). Así es que la ley guardaba el rebaño, mas no para sí, sino para otro. Pues como los judíos eran un pueblo grosero, disoluto, arrogante y engreído con los mismos dones que, con preferencia a otros muchos, había recibido de Dios, por eso se les dio la ley, para que los metiese en cintura y corriese más fuertemente, enseñándoles con toda claridad el lamentable estado en que se encontraban y aumentando la acusación, los constriñese más.

Pero no temas, pues no se hizo eso para que creciese el suplicio,

sino para que brillase más la misericordia y la gracia. Por eso añade: *Mas donde creció el pecado sobreabundó la gracia*. Y no dice: Abundó, sino: *sobreabundó la gracia*. Porque no sólo nos libró de los suplicios, sino que nos perdonó los pecados, nos dio la vida y otros muchos beneficios, que ya otras veces hemos señalado; como si a un calenturiento no sólo le librase de la fiebre, como libró a la suegra de Simón Pedro (Lc., 4, 39), sino que le diese completa salud y hermosura, haciéndole al mismo tiempo fuerte, honrado y estimado de todos; o a un hambriento no sólo lo alimenta, sino que lo enriqueciera y elevara a un alto puesto.

Pero dirás: ¿Cómo creció y abundó el delito?— Porque eran muchas las prescripciones de la ley, y todas ellas las traspasaron. ¿Ves ya la gran diferencia entre la gracia y la ley? La ley vino a ser aumento de condenación; la gracia fue redundancia de beneficios y dones.

4. Después de encarecer el inmenso amor de Dios hacia nosotros, busca de nuevo el origen y raíz de la muerte y de la vida. ¿Cuál es, pues, la raíz de la muerte?— El pecado. Por eso dijo: *a fin de que así como reinó el pecado por la muerte, así reine también la gracia por la justicia para la vida eterna por Jesucristo Nuestro Señor* (21). Con lo cual nos enseña que el pecado es como el rey, y la muerte como el soldado armado por él y a su mandar. Luego si el que armó la muerte fue el pecado, es evidente que la justicia, que lo borra y destruye, y se nos da por la gracia, no sólo desarme a la muerte, sino que la mata y aniquila, acabando en un punto con su reino; porque su imperio es más poderoso que aquel, como que no es cosa de hombres ni de demonios, sino cosa puesta y establecida por Dios mediante la gracia, y que levanta nuestra vida a un fin mejor, más alto y excelente, a un bien infinito, pues nunca tendrá fin; para que por aquí vengas en conocimiento de una cosa mayor. Pues el pecado nos arrojó y echó de la vida (temporal) presente; mas vino la gracia y nos dio, no la presente, sino la futura, inmortal y eterna.

Todo esto nos lo ganó Cristo. No dudes, pues, de la vida, teniendo la justicia, que es mayor que la vida, pues es madre de ella.

¿Qué diremos, entonces? ¿*Permaneceremos en el pecado para que la gracia* (se acreciente) *abunde*? *De ninguna manera* (61). De nuevo pasa a la exhortación moral, no introduciéndola ex profeso y a cosa hecha como asunto principal, pues así parecería a muchos cargante y molesta, sino como enseñanza nacida de los mismos dogmas

que va explicando. Pues si en sólo variar de materia cuidaba mucho de que éstos no se molestasen (y a esta causa decía: *Con algún atrevimiento os escribí parte de lo dicho*) (Rom., 15, 15), a no hacerlo así, les hubiera causado fastidio y enfado.

Habiéndole, pues, mostrado el grandísimo beneficio que les hizo Cristo curándoles sus graves y enconadas llagas, y viendo que algunos necios tomaban el rábano por las hojas diciendo: Continuemos, pues, pecando, para que brille más y más la misericordia y la gracia; a fin de que no repitieran ni pensaran semejantes locuras, mira cómo hace trizas su objeción: primero detestando y abominando cosa tan sin juicio y diciendo: *Líbreños Dios*, frase que suele usar en los casos y cosas que todos reconocen por absurdas; y en segundo lugar aduciendo un argumento irrefragable.— ¿Cuál?— *Los que hemos muerto al pecado ¿cómo vamos a seguir aún viviendo en él?*— Y ¿qué es eso de *hemos muerto* (6, 2).— ¿Que por causa de él hemos recibido sentencia de condenación?— o más bien que, recibida la fe y la iluminación (= el bautismo), ¿hemos quedado completamente muertos a él?; y esto segundo es sin duda lo que hemos de entender, como se ve por lo que sigue.

Y ¿qué cosa es *estar muertos al pecado*?— No hacer ya caso de él en nada. Porque esto hizo ya una vez para siempre el bautismo: dejarnos del todo muertos al pecado. Es, pues, preciso poner sumo empeño en permanecer perpetuamente y con toda asiduidad en esta vida divina, en tal manera que, aunque mil veces te solicite el pecado y te mande que lo obedezcas volviendo a las andanzas, le resistas siempre inmóvil, a la manera que un muerto no vuelve más a su antigua vida.

El mismo Pablo dice en otra parte que el pecado está muerto (Cf., 7, 6); más allí dice esto, para inculcarnos que es fácil triunfar en las luchas por mantener la virtud; aquí, en cambio, como su intento es guiar al oyente, traspasa la muerte a él mismo.

Luego, como aquella frase era oscura, la explica empleando un lenguaje más vehemente y enérgico diciendo: *¿O es que ignoráis, hermanos, que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús, en su muerte hemos sido bautizados? Con El hemos sido sepultados por el bautismo, para participar de su muerte. ¿Qué significa aquello: En su muerte hemos sido bautizados?* (3, 4).— Que hemos de morir como él. Porque la Cruz es un bautismo. Lo que a Cristo fue la Cruz y el sepulcro, eso es para nosotros el bautismo, aunque no en las mismas

cosas, porque el murió y fue sepultado en su carne, y nosotros morimos y fuimos sepultados al pecado. Por lo cual no dijo: *Injertados en El* por la muerte, sino: *Por la semejanza de la muerte*. Puesto que muertes, ambas lo son: mas no del mismo sujeto: que la que en Cristo se realiza es la de la carne; en nosotros, la del pecado. Verdaderas muertes ambas lo son; mas, aunque también la nuestra es verdadera, es preciso que pongamos de nuestra parte lo que nos toca; y por eso añade: *Para que como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una nueva vida*. Aquí en el empeño que hemos de poner en esta nueva vida recta y santa, indica nuestra espiritual resurrección.— ¿Cómo?— ¿Has creído que Cristo murió y resucitó? Pues cree también lo mismo en cuanto a ti toca, ya que esto es semejante a aquello, porque también a ti pertenece la cruz y el sepulcro. Pues si has participado con El en la muerte y en la sepultura, mucho más en la resurrección y en la vida. Destruído ha quedado ya el enemigo mayor que es el pecado; no hay pues duda alguna de la destrucción del menor, que es la muerte.

Parte parenética o exhortaria.— Mas Pablo entre tanto deja esto a la consideración de los oyentes y propuesta la resurrección futura, nos exige otra resurrección.— ¿Cuál?— Una nueva norma de vida, una gran mudanza de costumbres en la vida presente. ¿No es, por ventura, una verdadera resurrección que el fornicario se haga casto, limosnero el avaro y suave y manso el hombre áspero e intratable?— ¿No es esta resurrección un preludio de la futura?— Y esa resurrección, ¿cómo la haremos?— Que muera el pecado y viva la justicia, borron y cuenta aparte; fuera la vida vieja, y florezca vigorosa la nueva y angélica. Mas al oír nueva prepárate a realizar un cambio radical y magnífico.

5. El pecado trae consigo la vejez y la decrepitud. Mas en amarguísimas lágrimas y en profundos gemidos me deshago al contemplar la alteza de perfección que Pablo nos exige, y la inmensa cobardía e indolencia nuestra, con que después de la renovación del bautismo, volvemos a la senectud antigua, y después de haber gustado el celestial maná, hambreamos de nuevo los ajos y las ollas de Egipto. Diez o doce días ha pasado, no más, de nuestro bautismo, y ya tornamos otra vez al vómito. Mas no son diez días los que Pablo nos pide para ejercitarnos en esta divina vida, sino todos los que el Señor nos

diera para habitar en este triste valle de lágrimas y miserias. Y nosotros ¿qué hacemos?— Volver a las andadas, después de haber recibido de la gracia juventud tan bella y florida, y crearnos una triste y desventurada decrepitud con nuestros vicios y pecados. Porque el amor del dinero, la esclavitud de las desenfrenadas pasiones y, en una palabra, todo pecado enerva y envejece al pecador; y *lo que va ya perdiendo el vigor y envejeciéndose, cerca está de su destrucción y ruina* (Hebr., 8, 13). Porque no deshace y consume tanto al cuerpo el tiempo, como enerva, marchita y enflaquece al alma el pecado, derribándola en un punto de su antigua dignidad y haciéndole perder su esplendor y hermosura. ¿Cuál es entonces su vida? ¿Cuáles sus sueños y aspiraciones? ¿A qué viene a quedar reducida?— A una insulsez y frivolidad extrema, entretenida en necedades y tonterías, en conversaciones y cuentos sin sustancia: no otra cosa hablan los viejos decrepitos, que, consumidos por los años, a todas horas chochean y deliran. ¡Qué horror es ver a esos pobres viejos atacados de crónicos catarrros, despidiendo continuamente mucosidades y flemas, desmemoriados y estúpidos, legañosos, huidos y aborrecidos de todos, y fácil presa del común enemigo! Pues cosa parecida pasa a las almas de los pecadores.

En cambio, las de los justos viven en perpetuo vigor, juventud y frescura: robustos, valientes, y siempre prontos a luchar a brazo partido con el enemigo; mientras que las almas pecadoras débiles, flacas y sin fuerzas, al más pequeño soplo se van a tierra derribadas y maltrechas. Lo cual declaró el Profeta diciendo: *Los impíos son como el tamo que arrebatada el viento* (Ps., 1, 4). ¡Hasta tal punto son mudables, y versátiles como veletas, y fácil conquista para el enemigo los que pasan sus días encenagados en el vicio! Porque, como viejos decrepitos, ni tienen vista clara, ni oído fino, ni habla articulada y perfecta; además se quejan y sollozan sin cesar y escupen a troche y moche. Y ojalá que fuera siempre saliva, que todavía sería cosa aguantable; pero no, sino que muchas veces vomitan palabras más podridas y hediondas que el cieno; y, lo que es aún más asqueroso, ni siquiera son capaces de despedir los esputos y las flemas de esas feas y asquerosas palabras, sino que, recibíéndolas en la mano, desmenuzan aquellos densos y espesos gargajos. Tal vez habréis oído esta narración con náusea y asco; pues ¿cuánto más asco os hubiera causado si vierais y oyerais tal horrrura? Porque si al cuerpo lo hacen esos vicios tan

abominable y asqueroso, ¿cuánto más no afearán al alma?

Tal era aquel adolescente que, después de disipar toda su hacienda viviendo disolutamente, vino a dar en tanta necesidad y miseria, que quedó más flaco y macilento que un mendigo. Pero míralo luego; tan pronto como quiso se hizo otro hombre completamente nuevo: bástole mudar su voluntad, su propósito y disposición mala y perversa. Con sólo decir: *Volveré a mi Padre* (Lc., 15, 18), esta sola palabra le granjeó en un punto todos los bienes. Mas no, no fue sola palabra, sino ejecución pronta y perfecta. Porque decir *volveré* y comenzar su vuelta fue todo uno, y, haldas en cinta, emprende luego y acaba su viaje de regreso.

Hagamos nosotros eso mismo; y aunque hayamos sido deportados fuera de los confines de la patria y a muy lejanas tierras, volvamos a la casa paterna diligentes, y no nos arredren largos y costosos viajes. Pues si nosotros quisiéremos de veras, será fácil y rápido nuestro retorno, con tal que abandonemos la extranjera tierra, que ésa es el pecado que nos arrancó de la casa y el hogar paterno. Abandonémosla, pues, y retornemos a nuestros patrios lares. Porque nuestro padre es amante de su prole, y aunque nos vea desgarrados, flacos y macilentos, no nos depreciará ni nos amará menos, sino más que a los que florecen por su buena y santa vida; como se vio también allí, que dispensó mayor honor el padre al pródigo, y experimentó mayor gozo y alegría por haberlo recobrado.

Mas ¿cómo verificaré yo mi regreso?— Comienza y está hecho todo: cesa de pecar, no prosigas, no pases adelante en ese mal camino, y lo tendrás todo en las manos. Pues así como acaece en las enfermedades, que el no ir adelante y agravarse es hacer crisis y comenzar la mejoría, así sucede también en los vicios y pecados; no pases adelante, y la perversidad y la malicia tendrán fin. Si así lo hicieres por espacio de dos días, al tercero te será más fácil abstenerte, y luego añadirás otros diez días, y veinte y ciento y la vida toda. Pues cuanto más anduvieres, hallarás más fácil el camino, y llegado, por fin, a la meta y a la cumbre, cogerás el fruto de riquísimos bienes.

Que también a la vuelta del pródigo hubo grande fiesta y regocijo, y músicas, y cítaras, y flautas, y danzas, y festines y grandes liberalidades, y muy numerosa concurrencia. Y aquel hombre, que parecía iba a pedir cuentas a su hijo del criminal derroche de su hacienda y de una tan precipitada y prolongada fuga, no hizo nada de esto, sino que

le recibió con los brazos abiertos, como si su conducta hubiera sido intachable y excelente; y no sólo no le dijo ni una palabra de reproche, ni le mentó para nada su pasada vida, sino que, rebosando de gozo, *se arrojó a su cuello, le abrazó y le besó, y dijo a sus criados: Traed pronto la túnica más rica y vestídsela; poned un anillo en su mano y unas ricas sandalias en sus pies, y traed un novillo bien cebado y matadlo, y comamos y alegrémonos, porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido, y ha sido hallado* (Lc., 15, 22, 24).

Con ése y otros ejemplos semejantes, animémonos y cobremos grande aliento y confianza: pues se alegra más al oírse llamar Padre que cuando le llaman Señor, y se goza más de tener hijos que esclavos.

Por esta razón hizo cuanto ha hecho, y no perdonó ni a su unigénito Hijo, para que recibiéramos por la adopción la dignidad de hijos de Dios y le amásemos, no sólo como a Señor, sino también como a Padre; y cuando logra de nosotros esto, se alegra tanto de ello, que lo alaba y preconiza, como si recibiera de ello gran gloria; y, radiante de alegría, va publicándolo por todo el mundo, como si necesitara de nuestras glorificaciones y obsequios el que de nada necesita. Esto hizo con Abraham diciendo repetidas veces: *Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob* (Ex., 3, 6). Pues ¿no son estos siervos suyos los que tenían grandísima razón para gloriarse de tener tal Dios?— Y, sin embargo, es el Señor el que de esto se gloría. Por esto dijo a Pedro: *¿Me amas más que éstos?* (Jn., 21, 15); dando a entender que nada desea ni pide de nosotros tanto como que le amemos. Por esto mandó a Abraham que le inmolará a su hijo, para dar este pregón al mundo entero, como si dijera: Mirad cómo me ama Abraham. Más por otra parte, eso mismo de desear que le amemos mucho, está proclamando altamente al mismo tiempo su eximio amor hacia nosotros. Por eso decía a los Apóstoles: *El que ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí* (Mt., 10, 37).

6. Cuán grande amor exige Cristo de nosotros. El padecer por El es gran ganancia.— Por esta razón, lo que para nosotros es lo más amado y querido de todo, que es el alma y la vida, manda que, en cuanto al amor, la pongamos en segundo lugar; porque El quiere ser amado de nosotros sobre todas y más que todas las cosas. Nosotros mismos, cuando el amor que profesamos a una persona no es muy

grande, no nos curamos mucho de vernos correspondido de ella, por muy alta e ilustre que sea; mas cuando amamos a uno con amor sincero, aunque sea persona insignificante y de poco fuste, ansiamos mucho un retorno de amor. Por eso El llamaba gloria suya, no sólo al ser amado de nosotros, sino también al aguantar y tolerar por nosotros tantas infamias y oprobios. Mas aquellos sufrimientos sólo a causa del amor eran gloria; mientras que los que nosotros soportaremos por El, serán verdadera gloria y llevarán con razón este nombre, no sólo por el amor, sino también por la dignidad, excelsitud y gloria del amado.

Corramos, pues, como a glorísimas coronas, a todos los riesgos y peligros por su amor, y no tengamos por cosa grave y molesta ni la pobreza, ni la enfermedad, ni el trabajo, molestia y cansancio, ni los levantes y calumnias, ni la misma muerte, con tal que todo eso lo suframos por atestiguarle nuestro amor. Porque si somos buenos negociantes y apreciadores de las cosas en su justo valor, estimaremos esto más que las perlas y los diamantes; mas si somos torpes, necios e ignorantes, ni de los más altos honores, ni de la abundancia de riquezas y placeres sacaremos nada.

A ver si caes, por fin, en la cuenta de lo que te conviene: ¿Hay uno que te tiene ojeriza, que te desacredita y molesta, y se te muestra enemigo y adversario de todo?— Ese te está diciendo: Cae en la cuenta de tu gran feria y ganancia; aseméjate a Dios. Amando a ese enemigo serás hijo amadísimo, que llevará en sí la semejanza de su celestial Padre, *que hace salir el sol sobre buenos y malos* (Mt., 5, 45). ¿Hay otro que te arrebató el dinero y la hacienda?— Llévalo con ánimo valiente y generoso, y no sacarás menos fruto que quien lo dé todo al los pobres. *Pues recibiréis —dice— con alegría el despojo de vuestros bienes, sabiendo que teníais otra hacienda mejor y perdurable.* (Hebr. 10, 34).

—¿Te ha colmado otro de dicterios, improprios y afrentas?— Sean verdaderas o falsas, valiosísimas coronas te ha tejido si lo sufres de grado. Pues son magníficos los galardones que el calumniador nos proporciona. *Alegraos —dice— y regocijaos, cuando os insulten y digan contra vosotros todo género de mal mintiendo, porque grande será en los cielos vuestra recompensa* (Mt., 5, 12, 11); y aun en el caso de ser verdad lo que contra nosotros se dice, es también muy grande el provecho que de ahí sacamos si lo llevamos en paciencia. Porque aquel Fariseo verdades fueron las que contra el publicano dijo (Lc., 18, 11); y de publicano lo hizo justo.

Y ¿a qué proseguir enumerando una por una todas las cosas? Pues cualquiera que quiera recorrer las luchas y combates de Job, puede muy bien en ellos aprenderlo todo.

Por eso decía Pablo: *Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?* (Rom., 8, 13). Por tanto, así como si somos ciudadanos y diligentes, sacamos ganancia hasta de los que nos causan agravio y molestia; así también, si somos indolentes y descuidados, ni por los avisos y documentos de los que bien nos quieren, nos corregimos y mejoramos. ¿No tienes ahí a Judas? ¿Qué le aprovechó la escuela y trato de Cristo? Pues ¿y a los judíos la Ley?; ¿y Adán el Paraíso?; ¿y a los del desierto Moisés?...

Por tanto, lo que a nosotros nos trae cuenta es disponer bien nuestras cosas. Si así lo hacemos, ni el mismo demonio podrá vencer-nos nunca jamás, sino que nos será ocasión de grandes ganancias, haciéndonos velar bien despiertos. Así levantó Pablo el espíritu de los Efesios (Ef., 6), ponderándoles su fiereza. Mas nosotros roncamos entregados al más recio y profundo sopor, teniendo que habérmolas con tan ladino enemigo. Si tú vieras una venenosa sierpe bajo tu cama ¿perdonarías medio de acabar con ella?— Pues no al lado, sino dentro de tu alma tienes, en acecho, al diablo, y ¿creerás que no te amenaza peligro alguno?; ¿y te entregarás a la indolencia y pereza? Y ¿cuál es la causa de esto? ¿Que no lo vemos con los ojos del cuerpo?— Razón de más para que fuera mayor nuestra vigilancia y cuidado. Pues de enemigo visible fácil es precaverse; mas del invisible, si no estás armado de todas armas, no escaparás sano. Especialmente que éste es enemigo artero y solapado, que no acomete de frente, pues de ese modo pronto sería conocido y vendido; sino con trabajos de zapa y con engaño; y muchas veces con cara de amigo, te propina el más activo veneno. ¿Qué hizo con Job?— A su mujer misma le echó para, con capa de amistad, largarle tan pernicioso consejo (Job., 2, 9). ¿Y en el paraíso?; ¿qué hizo con Adán y Eva?— Dándoselas de amigo y protector, como si hiciese el negocio de ellos, les dice: *El día que comiereis del árbol se abrirán vuestros ojos, y seréis como Dios, sabedores del bien y del mal* (14). (Gen., 3, 5). Asimismo, simulando religión y piedad, persuadió a Jefté (Jud., 11, 30, ss), para que, inmolando a su hija, ofreciese un sacrificio inicuo. ¿Estás viendo sus ardi-des y asechanzas? ¿No ves sus mil retas y variadísimos ataques? Sé, pues, cauto y ármate de alto a bajo de espirituales armas; aprende bien

su táctica y sus mil máquinas guerreras, a fin de que no pueda cogerte, sino que le cojas y venzas tú a él.

Así lo venció Pablo, entendiendo sus tretas; por eso decía: *No se nos ocultan sus ardiles* (15). (2, Cor., 2, 11).

Procuremos, pues, también nosotros conocer sus ataques y emboscadas y burlarlas; para que, alcanzando victoria de él, seamos proclamados vencedores en este y en el futuro siglo, y consigamos los inmortales bienes, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, al cual, con el Padre y el Espíritu Santo, sea la gloria, el honor y el imperio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XI (6, 5-18)

Análisis

Dice San Juan Crisóstomo que en aquellas palabras: *si hemos sido injertados en Cristo por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección*; nos predica el Apóstol dos muertes: de la primera es autor Cristo, que, en el bautismo, nos hizo morir al pecado; de la segunda, lo hemos de ser, con su gracia, nosotros, perseverando en una vida santa; porque a sola su gracia es debido el que nuestros pecados hayan sido sepultados en las saludables ondas del bautismo; mas nosotros hemos de cooperar luego, permaneciendo, mediante su gracia, muertos perpetuamente al pecado.

La palabra *injertar*, de que usa el Apóstol, nos está ya significando el fruto de la justicia y santificación que hemos de dar en esta vida, en espera del fruto póstumo de la resurrección futura. Es, pues, deber nuestro el trabajar, sin decaer un punto, como llenos de vida que estamos, por dignación de Aquel que nos libró de la muerte del pecado en que antes estábamos, y entregarnos por completo a su servicio, consagrándole los miembros de nuestro cuerpo para que sirvan de armas a la piedad y a la justicia; porque vivimos en tiempo de guerra, en que necesitamos no solamente armas, sino también grande esfuerzo para manejarlas, y gran vigilancia contra nuestros enemigos.

¿De qué nos serviría vivir, si nuestra vida no fuera como un perpetuo ejercicio y encadenamiento de buenas obras? ¿Qué ventaja nos habría traído la preciosísima gracia del bautismo, si después nos dejáramos arrastrar a todo género de malos deseos? Yo os sometí por el bautismo todas las pasiones, nos diría Dios. ¿Por qué habéis sido tan ingratos a este don? ¿Por qué habéis deslustrado y deshonrado esta gracia? ¿Por qué habéis venido a pasar a un estado tan contrario a ella? Yo maté vuestros pecados pasados como otros tantos gusanos que manaban de vuestra original corrupción. ¿Por qué habéis dejado que se reproduzcan? Temamos al pecado que produce aquel gusano, que no muere jamás, y enciende el fuego que nunca se paga. Cortémosle de raíz. Inútil sería no cortar más que las ramas de un mal árbol; si dejas la raíz, brotarán de seguro otras semejantes.

Declara luego el santo Doctor contra las violencias y la dureza de los ricos, contra el excesivo amor a los perros, a los caballos, a los coches y al lujo de las casas y palacios. ¿Pues qué?—dice—, ¿es justo que los hombres, firmados a imagen y semejanza de Dios, no tengan con qué cubrir sus carnes, y vuestros mulos y caballos llevan jaeces de oro y pedrería? ¿Brilla tu casa toda como una taza de plata, hasta en los más bajos enseres, y al mismo tiempo, devora tu avaricia al pobre, por quien Dios descendió de los cielos y derramó su sangre? ¡Adornados tus lechos de sedas, oro y plata, y los miembros de los Santos sin un harapo con qué cubrirse! ¡Que hayas de hacer tú menos cuenta de Jesucristo que de tus criados, de la librea de tus aurigas, de tus mulos y del ajar de tu casa! ¿Te horroriza lo que digo? Cesa, pues, de hacerlo, y pon ya fin a tamaña locura.

Refiere luego el Santo Doctor a este propósito el caso de un filósofo pagano que, viendo la riquísima tapicería de un palacio, comenzó a escupir en el rostro a su dueño; y, al reprenderle éste, respondió que no había cosa menos preciosa y vistosa en la casa. Así es razón que nosotros cuidemos más de nuestra alma que de nuestro cuerpo y de toda la hacienda, pues es tanto más preciosa que todo lo demás.

Porque si hemos sido injertados en él por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección (6, 5).

1. Lo que ya dije antes, lo diré también ahora: San Pablo pasa aquí al discurso moral, no como en otras cartas, que las divide en dos partes, de tal manera que en las primera trata del dogma, en la segunda de moral. Aquí en toda la carta habla indistintamente de ambas cosas, para hacer más agradable el discurso.

Trata aquí de dos mortificaciones o muertes: la una la obró Cristo en el bautismo; la otra tenemos que tenerla nosotros por una aplicación después de él. El que nuestros pecados quedasen sepultados, fue por gracia suya; el que después del bautismo sigamos muertos al pecado, debe ser obra de nuestros deseos, aunque veamos que Dios nos ayuda mucho también.

El bautismo no sólo puede borrar los pecados anteriores, sino también fortalecernos contra los venideros. Como tuviste fe allí y se borraron entonces en el bautismo, ahora después muestra gran deseo de no volverte a manchar.

Mirando a esto, dice: Si hemos sido injertados en él por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección.

¿No ves cómo levanta al oyente, llevándolo hacia su Señor y queriéndole mostrar una gran semejanza? Advierte que no dijo: *a la muerte*, sino a la semejanza de la muerte; así no podías contradecir.

No ha muerto la sustancia, sino el hombre pecador, el hombre nacido de la maldad. Tampoco dijo: si hemos sido partícipes de la semejanza de la muertes, sino: porque si hemos sido injertados, dán-donos a entender con el nombre de injerto sus frutos en nosotros.

Como su cuerpo, sepultado en la tierra, dio el fruto de la salvación del mundo, así también nuestro cuerpo, sepultado en el bautismo, nos trajo la justicia, la santificación, la adopción e innumerables bienes, y traerá al fin el don de la resurrección.

Nosotros fuimos sepultados en el agua, él en la tierra. Nosotros por razón del pecado, él por razón del cuerpo. Por eso no dijo: injertados a la muerte, sino a la semejanza de la muerte. La muerte se cumple en ambos casos, pero no en el mismo sujeto.

Si en la muerte hemos sido injertados, también lo seremos en su resurrección. Se refiere a la resurrección final. Antes, disertando sobre la muerte, dijo: ¿Ignoráis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados para participar en su muerte? Nada dijo claramente de la resurrección, sino de la clase de vida posterior al bautismo, mandándonos caminar con vida nueva. Ahora, volviendo a tomar la misma cuestión, nos anuncia la resurrección final. Y para que veas que no habla de la que sigue al bautismo, sino de la otra, donde dijo: si hemos sido injertados en él por la semejanza de su muerte, no añadió: seremos partícipes de semejante resurrección, sino de su misma resurrección.

Para que no digas: ¿cómo resucitaremos como él resucitó?, si no morimos como él murió, cuando hizo mención de la muerte, no dijo: injertados a la muerte, sino a la semejanza de la muerte. Y cuando habla de la resurrección, no dice, a la semejanza de la resurrección, sino: seremos partícipes de su misma resurrección. Tampoco dijo: fuimos hechos sino: seremos partícipes. Por tanto, se refiere a la resurrección que ha de venir, no a la que ya ha tenido lugar.

Después para hacer más creíble lo que dice, habla de la resurrección que ha tenido aquí lugar. Así, por la presente, se prueba la que ha de venir. Después de haber dicho: que nosotros debíamos ser injertados en la resurrección, añade: *Sabemos que nuestro hombre viejo ha sido crucificado para que fuera destruido el cuerpo del pecado* (6). Así señala al mismo tiempo la causa y la razón de la futura resurrección.

No dijo: fue crucificado, sino, al mismo tiempo fue crucificado. El bautismo está muy cerca de la cruz. Por eso antes decía: hemos sido injertados a la semejanza de su muerte, para que sea destruido el cuerpo del pecado. Y se refiere a la maldad en general, no al cuerpo material. Como llama hombre viejo a la maldad en general (col., 3, 9), así al mismo lo llama maldad, pues consta de muchos grados de mal.

Y esto no es conjetura mía. Oigamos a Pablo mismo, que después de explicar a sí mismo. Habiendo dicho: para que se destruya el cuerpo del pecado, añade: para que no sirvamos más al pecado.

Al pecado es al que quiere que esté muerto el hombre, no de modo que desaparezca él y muera, sino de tal manera que no peque ya más.

Continuando el Apóstol sigue en su declaración: *El que ha muerto está limpio de pecado* (7). Esto lo dice de todos los hombres; como el que ha muerto deja ciertamente de pecar, porque ha dejado de obrar, así el que sube del bautismo, que es un muerto.

Si en el bautismo ha muerto una vez, debe seguir muerto enteramente al pecado.

2. Si has muerto en el bautismo, sigue muerto. El que ha muerto no puede ya pecar. Si pecas, inutilizas el don de Dios.

Después de proponernos tan gran filosofía, propone en seguida el premio: *si hemos muerto con Cristo* (8). Esta es ya una gran corona, anterior a la gran corona de la gloria, el comunicar con el señor. Mas hay otro premio. ¿Cuál? La vida eterna: Creemos que conviviremos con él.

¿De dónde consta esto?— *De que sabemos que Cristo, que resucitó de entre los muertos, ya no muere* (9).

Mira en segundo lugar su empeño en probar esto, y cómo lo prueba por lo contrario. Era muy natural que algunos se turbasen con la cruz y la muerte; por eso mostró que era necesaria la confianza. No pienses, dice, que porque ha muerto una vez, ya es mortal siempre. De ninguna manera. El permanece ahora inmortal. Su muerte se ha hecho muerte de la muerte. Porque ha muerto, por eso ya no morirá. Con su muerte primera *murió el pecado* (10).— ¿Qué es esto, al pecado?— No estaba sujeto al pecado, sino por nuestro pecado. Pues para matarlo y quitarle todos sus nervios y toda su fuerza, por eso murió.

¿No ves cómo se impuso? Si no se muere segunda vez, no hay segundo bautismo; y si no hay segundo bautismo, guárdate muy bien de volver a pecar. Todo esto lo dijo para combatir aquel principio: Háganos el mal para que venga el bien y también aquel otro: Perseveremos en el pecado para que abunde la gracia.

Para arrancar de raíz estas ideas, pone todas estas cosas.

Lo que vive, vive para Dios. Indisolublemente, de tal manera que no le domine más la muerte.

Si padeció la primera muerte inocentemente, por el pecado de los otros, es obvio que ahora no puede morir, después de haber redimido el pecado.

Esto es lo que dijo también en la *carta a los Hebreos*: Una sola vez en la plenitud de los tiempos se manifestó para destruir los pecados por el sacrificio de sí mismo (Hbr., 9, 26).

Así muestra la fuerza de la vida vivida según Dios y al mismo tiempo el poder del pecado. De la vida vivida según Dios, porque ya no morirá más y del pecado, pues si al que no podía pecar lo hizo morir, ¿qué no hará con los que le están sujetos?

Al hablar de su vida, para que nadie diga, ¿qué nos va a nosotros con esta frase? añade: *Vosotros también pensad que habéis muerto al pecado, pero que vivís a Dios* (11).

Bien dijo: pensad, porque esto no se puede expresar. Dirás: ¿qué es lo que tenemos que pensar?— Que nosotros hemos muerto al pecado, pero que vivimos a Dios en Jesucristo Nuestro Señor.

El que así vive, practicará todas las virtudes, pues tiene compañero de guerra al mismo Jesús. Esto significa aquel *en Cristo*. Si no resucitó, cuando estábamos muertos, con mucha más razón nos conservará ahora, que estamos vivos.

No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a las concupiscencias (12). No dijo: no viva la carne, ni obre, sino: no reine el pecado. No vino a destruir la naturaleza, sino para dirigir los actos y resoluciones de la voluntad.

Después, para mostrar que nosotros no nos abstenemos del pecado por fuerza y necesidad, sino voluntariamente, no dijo: para que no ejerza su tiranía, lo cual indicaría necesidad, sino que no reine.

Sería absurdo que los que han entrado en el reino de los cielos tengan por rey al pecado, y que los llamados por Cristo a reinar prefiriesen ser cautivos del pecado. Como si uno, arrojando la corona de su cabeza, quisiera servir a una mujer endemoniada, mendiga, harapienta.

Mas como es difícil vencer al pecado, mira cómo prueba que es fácil y cómo te suaviza el trabajo, diciendo: en nuestro cuerpo mortal.

Con esto declara que las luchas son temporales y que pasarán pronto y al mismo tiempo nos trae a la memoria los antiguos males y la razón de la misma muerte. Por esto y desde el mismo principio fue mortal.

Puede suceder que el que vive en cuerpo mortal no peque. ¿No veis el poder de la gracia de Cristo? Adán, cuando todavía no tenía cuerpo mortal, cayó. Mas tú, habiéndolo recibido mortal, podrás ser coronado.

Y ¿cómo, dirás, reina el pecado? No por su propia virtud, sino por tu cobardía. Por tanto, habiendo dicho: no reine, demuestra el modo de este reino al añadir esto: Para que le obedezcáis en sus concupiscencias.

No es honra poder conceder al cuerpo todo, sino más bien extrema esclavitud y gran deshonra. Cuando hace lo que quiere, entonces carece de toda libertad y al revés, cuando se domina, entonces conserva su plena dignidad.

Ni deis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado, sino como instrumentos de justicia (13).

3. El cuerpo es un medio entre el pecado y la virtud, y también sus armas. El que se sirve de ellas hace una clase y otra de obras, a la manera que el soldado, peleando por la patria, y el ladrón, armado contra los habitantes de una casa, usan las mismas armas. No es culpa de la armadura, sino de aquellos que la usan para el mal.

Y esto también se puede ver en la carne, en la cual se hace esto o aquello, según la voluntad del alma, no según su propia naturaleza. Si mira con demasiada curiosidad alguna hermosura ajena, el ojo se ha hecho instrumento de maldad, no por su propia operación, pues lo propio del ojo es ver, no mal ver, sino de la maldad del pensamiento que le manda. Si el alma lo hubiera refrenado, se habría hecho arma de justicia. Lo mismo se debe decir de la lengua, de las manos y de todos los demás miembros.

Con toda rectitud llamó al pecado maldad, porque el pecador es malo o para sí o para el prójimo, o por mejor decir, más bien para sí que para el prójimo.

Después que Pablo nos aleja del pecado, ahora nos encamina hacia la virtud con estas palabras: Ofreceos a Dios, como quien muerto ha resucitado.

Con estas palabras da a entender no sólo la maldad del pecado, sino la grandeza del don de Dios. Pensad, dice, no sólo lo que fuisteis, sino lo que os hicisteis. ¿Quiénes erais? Estabais muertos y perdidos con una maldad irremediable. Nadie os podía remediar. ¿Qué habéis sido hechos después de la muerte? Vivos con una vida inmortal. Y ¿por obra de quién? Por aquel que, como Dios, todo lo puede. Luego es justo que militéis bajo sus órdenes con aquella alegría del alma con que militan aquellos que han resucitado de muerta a vida, y convertido sus miembros en armas de santidad para Dios.

El cuerpo no es malo de por sí, pues se puede convertir en arma de santidad. Dice arma, dando a entender que se avecina una guerra terrible, para la cual necesitamos una armadura fuerte y un ánimo generoso y entendido en el arte militar. Sobre todo necesitamos un capitán, que tenemos siempre presente, preparado a luchar con nosotros, invencible. También nos tiene preparadas armas poderosas. Es necesario finalmente una firme voluntad, con la que nos manejemos como conviene, de modo que obedezcamos al capitán y tomemos las armas por la patria.

Después de exhortar a esta gran gesta de armas, menciona las batallas y la guerra y por segunda vez alienta el ánimo del soldado, diciendo: *El pecado jamás os dominará, porque no estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia* (14).

Si el pecado no nos ha de dominar más, ¿por qué manda tantas y tan grandes cosas? No reine, dice, el pecado en vuestro cuerpo mortal. Y no deis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado. ¿Qué quiere decir esto que ha dicho? Aquí esparce su palabra como la semilla que después ha de explicar y probar abundantemente. ¿Qué quiere decir este lenguaje? Nuestro cuerpo, antes de la venida de Cristo, era propenso y fácil al pecado. Desde que entró la muerte, irrumpió una multitud de afectos, que nos dificultaban el camino de la virtud. Ni estaba presente el Espíritu Santo para ayudarnos, ni el bautismo, que podía dar la muerte a las malas inclinaciones. Corríamos como caballos desbocados que salen muchas veces de camino. Conocíamos la Ley, lo que teníamos que hacer o dejar de hacer; pero en la lucha no recibíamos nada más que los avisos de las palabras. Desde que vino Cristo, las batallas se hicieron más fáciles. Si se nos han propuesto mayores peleas, también se nos da el apoyo de mayores socorros. Por eso decía Cristo: Porque os digo, que si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Mt., 5, 20).

Más claramente se explica esto en lo que sigue, aunque ahora lo apunte ya brevemente, al decirnos que si nosotros no nos abandonamos, no nos vencerá el pecado.

Ahora no sólo hay ley que manda, sino también gracia que perdona lo pasado y nos fortalece para lo que ha de venir. La Ley después de los trabajos prometía coronas, pero la gracia presenta primero la corona y con ella alienta para la pelea.

Me parece que en esto no se declara toda la vida del hombre fiel, sino que se trata de una comparación entre el bautismo y la Ley, que es lo que dice también en otra parte: que la letra mata, pero el espíritu da vida (2 Cor., 3, 6). La Ley arguye prevaricación; la gracia, la previene. La Ley arguyendo es ocasión de pecado; la gracia, dando impide que se cometa.

De dos maneras pues nos libra de la tiranía del pecado: eximiéndonos de la Ley y dándonos su gracia.

4. Después de este descanso, trata de fortificarnos sacando de la objeción una admonición con estas palabras: *Pues, ¿qué? ¿Pecaremos porque no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia? De ningún modo* (15).

Primero dice por vía negativa cuán absurda es esa consecuencia. Después convierte lo que dice en admonición, mostrando que las batallas son muy fáciles.: *¿No sabéis que, ofreciéndoo a uno para obedecerle, os hacéis esclavos de aquel a quien os sujetáis, sea del pecado para la muerte, sea de la obediencia para la justicia?* (16).

No hablo de la gehenna, de aquel gran suplicio eterno, sino de la actual deshonra, que consiste en ser siervos, siervos voluntarios y del pecado, que como sueldo os da la muerte.

Si antes del bautismo nos trajo la muerte corporal y la herida fue tan grande que necesitó tan extraordinario medicamento, que el Señor de todas las cosas tuvo que bajar hasta la muerte para remediarla, ahora, después de don tan grande, después de adquirida la libertad, ¿qué no hará el pecado si llega a herirte otra vez de muerte? No corras a tan gran abismo ni te entregues voluntariamente. En las guerras, muchas veces los soldados se entregan contra su voluntad. Aquí no huyas voluntariamente, y nadie te vencerá.

Después que ha tocado la fibra del pundonor y te ha excitado la vergüenza, pasa a la idea del premio y toca ambas mercedes, la de la justicia y la de la muerte, no la ordinaria, sino otra mucho más grave.

Si Cristo no ha de volver a morir, ¿quién nos rescatará de aquella muerte? Nadie. Tenemos, pues, que sufrir la pena y el castigo, pues no habrá ya muerte sensible, como la de aquí, en la que descansa el cuerpo con la separación del alma.

El último enemigo que será destruido es la muerte (1. Cor., 15, 26). Por tanto, el suplicio será inmortal, pero no para los que obedecen a Dios, pues para éstos será la justicia y los bienes que de ella se originan.

Pero gracias a Dios, de que habiendo sido vosotros esclavos del pecado, obedecisteis de corazón a aquella forma de doctrina, a la cual fuisteis entregados (17).

De la idea de la esclavitud y de la vergüenza que ella acarrea pasa al premio y luego levanta el ánimo con la memoria de los beneficios. Así les muestra de cuán grandes males han sido librados y no por su propio mérito y que lo que ha de venir será mucho más fácil.

Cuando uno ha librado a un cautivo de un gran tirano, le recuerda su pasada esclavitud. Pablo describe de la misma manera con énfasis los males pasados, mientras da gracias a Dios. No habrá, dice, poder humano para librarnos de aquellos males, sino la gracia de Dios, que quiso y lo pudo hacer.

Y dijo muy bien: *obedecisteis de corazón*, pues no se os obligó ni lo hicisteis por la fuerza, sino espontáneamente lo dejasteis con alegría. Esto es lo que hace el que alaba y al mismo tiempo corrige.

Si de grado y sin ninguna necesidad os acercasteis a Cristo, ¿qué excusa tendréis si ahora os volvéis al pecado?

Para que veas que no sólo por la bondad de los hombres, sino por la gracia de Dios se ha hecho todo, después que dijo: *obedecisteis de corazón*, añade: en aquella forma de doctrina, a la cual fuisteis entregados.

La obediencia de corazón indica el libre albedrío; el que fueseis entregados prueba el auxilio de Dios. ¿Cuál es la forma de doctrina? Vivir con rectitud y con muy buena regla.

Y, libertados del pecado, fuisteis esclavizados a la justicia (18). Dos dones de Dios expresa aquí: que nos libró de los pecados y que nos dio la justicia, que es mucho más que toda la libertad. Dios hizo lo mismo que si uno, tomando un niño huérfano y llevado por los bárbaros a tierra extraña, no sólo lo libra del cautiverio, sino se hace su padre y su custodio y lo eleva a una gran dignidad. Esto es lo que se ha hecho con nosotros. No sólo nos libró de los antiguos males, sino que también nos llevó a una vida angélica y nos abrió el camino de una nueva institución, entregándonos a la tutela de la justicia, quitando los antiguos males, dando la muerte al hombre antiguo y conduciéndonos de la mano a una vida inmortal. Esperémosla, pues, mientras vivimos, porque muchos que parecen respirar y moverse, yacen más desgraciados que los mismos muertos.

DIVERSAS CLASES DE MUERTE

5. Hay diversas clases de muerte: la del cuerpo. Aunque ésta se dio en Abraham, sin embargo, no murió, pues se dijo: *Dios no es Dios de muertos, sino de vivos* (Mt., 22, 32).

Otra muerte es la del alma, a la cual se refiere Cristo, cuando dice: Deja que los muertos entierren a sus muertos (Mt., 8, 22). Una tercer, muy laudable, viene por la filosofía. De ella dice Pablo: Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra (Col., 3, 5). La cuarta, que fue la causa de ésta, se da en el bautismo: *Pues nuestro hombre viejo fue crucificado* (Rom., 6, 6); esto es, fue mortificado.

Con esta ciencia, huyamos de aquella muerte, con que mueren los que están vivos, pero no temamos la que es común a todos.

Las otras dos, de las cuales una es feliz, como dada por Dios, y la otra laudable, que viene de Dios y de nosotros, debemos amarlas y envidiarlas. A una de estas dos llama David dichosa, cuando dice: Bienaventurados aquellos a quienes se le han perdonado los pecados (Sal., 31, 1).

La otra la admira San Pablo en su *Carta a los de Galacia*: Los que son de Cristo, crucificaron la carne (Gal., 5, 24).

De las dos primeras, hay que despreciar la una, como dice Cristo: No temáis aquellos que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (Mt., 10, 20). La segunda es terrible: Temed a aquel que puede perder no sólo al alma, sino al cuerpo en el infierno (ibid.). Huyámosla y amemos la que es dichosa y admirable.

De nada nos servirá ver el sol, comer, beber, si no vivimos para el bien. ¿Qué aprovecha al rey, os pregunto, vestir de púrpura, tener armas y no carecer de súbditos, de manera que cualquiera le pueda insultar? Así el cristiano no ganará nada si tiene la fe y el don del bautismo, pero está sujeto a todos sus apetitos. Así será mayor su desprecio y mayor su deshonra.

Porque como aquel que está adornado de corona y púrpura, no sólo no gana honra de semejante adorno, sino que se ve despreciado por su propia deshonra, así el que cree y lleva una vida corrompida, no sólo no será digno de veneración por su fe, sino que será digno de desprecio.

Cuantos hubieren pecado sin ley, sin ley perecerán: y los que

pecaron en la ley, por la ley serán juzgados (Rom., 2, 12). Y escribiendo a los hebreos decía: Si el que menosprecia la Ley de Moisés, sin misericordia es condenado a muerte, sobre la palabra de dos o tres testigos (Hbr., 10, 28), ¿con cuánto mayor suplicio será castigado el que conculcó al Hijo de Dios? Y con razón y de derecho: pues por el bautismo, dice, te sometí todos los efectos del alma. ¿Qué ha sucedido para que despreciases un don tan grande y te convirtieses en otro?

Aniquilé y sepulté tus primeros pecados como los gusanos, ¿por qué tú has creado otros? Los pecados son peores que los gusanos. Estos debilitan el cuerpo y aquellos el alma y producen mayor hedor. Nosotros no lo sentimos, y por eso nos descuidamos en limpiar el alma. El que está ebrio no conoce lo grande que es el hedor del vino que se corrompe; mas el que no está ebrio, bien lo conoce. Esto es lo que sucede con el pecado: el que vive sobriamente, conoce muy bien aquel cieno y aquella mácula. El que se ha entregado a la maldad, como embriagado por el vino, no lo conoce, su propia enfermedad. Y esto es lo más grande y gravísimo del pecado, que aquellos que caen en él, están ciegos para ver la grandeza de su mal. Mientras yacen en el lodo, creen gozar de ungüentos suavísimos. Así no pueden salir del pecado, sino que, mientras están comidos de gusanos, de tal manera se portan, como si estuviesen adornados de preciosa pedrería. Y por esto no quieren matar a aquellos gusanos, sino que los alimentan y favorecen su desarrollo, hasta que caigan en aquellos otros gusanos del infierno.

Los de acá son medianeros de aquellos de allá; y no sólo medianeros, sino también padres. El gusano de ellos no morirá (Ms., 9, 5). Estos son los que encienden la gehenna que nunca se ha de apagar. Para prevenir tanta desgracia, quitemos la fuente de los males, apaguemos el horno y extirpemos desde el fondo la raíz de la maldad. Si cortares el árbol desde lo más alto, no has hecho nada, si queda debajo la raíz y brota de nuevo. ¿Cuál es la raíz de los males? Apréndelo del labrador que lo sabe muy bien y cultiva la viña espiritual y es labrador de todo el mundo.

¿Cuál es la causa de todos los males, según él? el deseo del dinero. La raíz de todos los males es la avaricia (1 Tim., 6, 10). De aquí las peleas, las enemistades, las guerras; las disputas, las ofensas, las sospechas, las contumelias; las muertes, los hurtos, el cavar o abrir los sepulcros. Por la avaricia, tanto las ciudades y regiones, como los

caminos y el mundo entero, el habitado y el no habitado, los montes, los precipicios, los collados, de una palabra, todos los lugares están llenos de sangre y de matanzas. Ni el mar está libre de esta peste. Allá en sus aguas se ceba también con gran furor, con piratas que lo infestan por todas partes y con los que piensen en nuevos modos de robar.

Por la avaricia han caído bajo las leyes naturales, las de la sangre y los derechos más sustanciales del hombre.

DAÑOS DE LA AVARICIA

6. La tiranía del dinero se arma no sólo contra los vivos, sino también contra los muertos, a los cuales no aprovechan sus pactos y última voluntad. Se abren las losas de sus sepulcros y hasta allá llegan las manos de los avaros, hasta los cuerpos de los difuntos, que no se ven libres de sus asechanzas.

Todos los males que hallares en casa, en la plaza, en los tribunales, en las curias, en las cortes y en todas partes, verás que brotan y nacen de la avaricia. Ella es la que ha ensangrentado el mundo y cubierto la tierra de cadáveres: ella la que enciende el fuego de la gehenna; la que corrompe las ciudades y las hace más detestables que los desiertos.

Librarse de los que acechan en los caminos es cosa fácil, pues no acometen siempre. Los que roban en medio de las ciudades son mucho peores que los merodeadores de caminos, y es mucho más difícil librarse de ellos. Se atreven a hacer claramente lo que los otros hacen a ocultas. Se aprovechan de las mismas leyes dadas contra su maldad para llenar las ciudades de crímenes y de muertes. ¿No es muerte y aún peor que muerte dejar al pobre hambriento y meterlo en la cárcel y con el hambre y los tormentos exponerle a sufrimientos innumerables? Aunque tú no lo hagas personalmente, si das ocasión a ello, haces más que tu ministro. El homicida clava la espada, causa dolor por poco tiempo y no daña más. Tú, con tus engaños, molestias, asechanzas, convirtiendo la luz en tinieblas y haciendo que prefieran morir muchas veces, piensa cuántas veces causas la misma muerte.

Lo que es más grave, robas, adquieres las riquezas, no obligado por la pobreza, no apremiado por el hambre, sino para que se cubra de

oro el freno del caballo, el techo de tu casa, los capiteles de las columnas.

¿Qué infierno no mereces, cuando el hermano y a aquel que honrado por tu mismo Señor debe participar a una contigo de todos los bienes de la tierra, lo reduces a tanta miseria, para adornar el pavimento de tu casa, las piedras y aun los mismos cuerpos de los animales?

Tienes mucho cuidado de tu perro: mas el hombre, mejor Cristo, por un perro y por todo lo que he dicho antes, queda abandonado y en una hambre extrema. ¿Qué cosa peor que esta confusión? ¿Hay algo más grave que esta maldad? ¿Qué ríos de fuego bastarán para esta alma?

El hombre, que fue creado a imagen de Dios, vive de una manera indigna por tu crueldad, mientras las cabezas de los mulos que llevan a tu mujer, van adornadas de oro, y lo mismo las pieles y las vigas con que se cubren tu techo.

Si el sillón o la silla o la alfombra de tus pies van adornados de oro y el miembro de Cristo y aquel por cuya causa bajó del cielo y derramó su sangre preciosa, por tu avaricia no tiene ni el alimento necesario. Los lechos están adornados de plata y los cuerpos de los santos no tienen para vestirse lo necesario. Estimás cualquier cosa más que a Cristo, a los criados, al lecho, al sillón y la alfombra de tus pies. Callo los demás muebles inferiores y os lo dejo a vuestra consideración. Si te horrorizas oyendo esto, deja de hacerlo. Entonces todo lo que he dicho no será para ti. Apártate de eso y pon fin a tu locura. Es de verdad locura semejante proceder. Dejemos, pues, aunque tarde, estas cosas y miremos por fin al cielo. Recordemos el día eterno que ha de venir; pensemos en aquel tremendo tribunal y en la cuenta que hemos de dar en el juicio justo. Consideremos que Dios todo lo ve y que no arroja rayos del cielo, aunque los merezcamos por nuestros pecados. No nos manda fuego del cielo, no echa el mar sobre nosotros ni hace que tiemble la tierra ni se oscurezca el sol o caigan las estrellas. No nos quita lo que necesitamos, sino que todo ordena para que todas las criaturas nos sirvan. Admiremos con estos pensamientos la grandeza de su benignidad y volvamos a nuestra grandeza.

No nos hemos portado mejor que los brutos, sino peor. Los brutos aman a los que son de su clase, y su natural les basta para el mutuo amor. Tú, que además de la común naturaleza, tienes otros muchos

lazos de unión con tus semejantes: un mismo entendimiento, una misma religión; participas de tantos bienes, has sido creado menos fiero que las bestias y sin embargo pones tanto cuidado en cosas inútiles, desprecias a tus hermanos, templo de Dios, que perecen de hambre y de desnudez. Hasta llegas a abrumarlos muchas veces con muchos males.

Si miras el fin eterno para que hemos sido criados, verás cómo conviene cuidar mucho más del hermano que del caballo. Cuanto mayor es el que goza del beneficio, tanto más honrosa corona se te prepara con la obra de misericordia.

Cuando pecas, ¿no ves cuántos acusadores te preparas? ¿Quién no te maldecirá? ¿Quién no te acusará de cruel e inhumano, viendo que desprecias al linaje humano y que antepones los brutos a los hombres y que a los brutos les proporciona de casa y mueblaje? ¿No oíste decir a los apóstoles que los primeros que recibieron el Evangelio vendieron las casas y los campos para alimentar a los hermanos? Tú ahora vendes las casas y las compras para adornar el caballo, las maderas, las pieles, los mulos y el pavimento. Y todavía es más grave, no sólo los hombres, sino también las mujeres son víctimas de esta locura. Ellas incitan a sus maridos a trabajo tan vano, obligándolos a mayores gastos. Si alguno les arguye de estas cosas, en seguida se defienden con una defensa insostenible. Dicen que es costumbre, que es lo que se usa. ¿Qué dices? ¿No temes, hablando así, poner al mismo nivel a Cristo hambriento con tus caballos, mulos, lechos y demás objetos? ¿Qué digo? Das la preferencia en tu distribución a todo, y a Cristo apenas le das algo. ¿No sabes que todas las cosas son de El, tú y lo tuyo? ¿No sabes que el tomó tu cuerpo y te dio el alma y que distribuyó todo el mundo? Y ahora le devuelves tan poco. Si alquilas una pequeña casa, exiges la suma convenida. Pues mira, goza de todas las criaturas y habita en un mundo tan grande y ahora no quieres ni darle una pequeña merced, sino que lo gastas en gloria vana, en ti y en tus cosas. De la gloria vana dependen todas tus cosas.

El caballo no es mejor ni más fuerte por el ornato que lleva, ni tampoco más elegante su caballero, sino que a veces es más despreciado por ello. Muchos, dejando a un lado al caballero, se fijan en el ornato del caballo y en los criados que van delante y detrás y a los que van apartando a la gente, mientras que al que va montando lo odian y lo miran como a un vulgar enemigo.

No es esto lo que pasa cuando adornas tu alma. Tanto los hombres como los ángeles, todos, te ofrecen la corona. Si amas, pues, la verdadera gloria, déjate de estas cosas vanas; no adornes la casa, sino el alma, para que resplandezca y seas grande y noble. Hasta ahora no ha habido nada más vil que tú por tener el alma vacía y ostentar sólo la hermosura de la casa. Si mis palabras no las sufres, oye lo que dice un extraño y avergüénzate de su filosofía.

Se cuenta de uno de ellos que vino a una magnífica casa, que resplandecía por el mármol, la hermosura de sus columnas. Vio también que el suelo estaba cubierto de tapices y escupió en el rostro del dueño de la casa. El dueño le afeó tanta descortesía y él entonces respondió que se había visto obligado a escupirle a la cara, porque no podía hacerlo en ninguna otra parte de la casa.

¿No ves qué ridículo es el que adorna lo exterior y en qué desprecio le tienen todos los que discurren con la razón? Y con razón. Si alguno, dejando a su mujer vestida con un vestido roto y pobre, vistiese a las criadas con un vestido lujoso, ¿te parecía sensato? Sin duda que te enfadarías y lo despreciarías. Piensa ahora y aplícalo a tu alma. Cuando adornas, las paredes, el pavimento, las alhajas y las demás cosas y no das una abundante limosna ni practicas otra filosofía sino la terrena de que he hablado, eres como él y aún peor. Entre la señora de la casa y la criada no hay gran diferencia; entre el cuerpo y el alma la hay muy grande. Y mucha más entre el alma y el lecho, y la tarima, y aun la casa. ¿Cómo te podrás defender, pues, si cubres todas estas cosas con plata y el alma la descuidas, cubriéndola con telas rotas, escualidas, hambrientas, llenas de llagas, destrozada por mil penas y encima crees que está muy bien por el adorno que te has puesto en el cuerpo? Todo esto es suma locura: a saber, que cuando eres burlado y de hecho eres digno de desprecio y estás sentenciado a la deshonra eterna, entonces te creas tan honrado y te sientas tan satisfecho.

Te ruego, pues y te pido, que pienses todo esto, y aunque tarde, al fin entres dentro de ti y traspasemos el ornato del exterior al interior, al alma. Esta será la manera de que se conserve intacto y nos igualemos con los ángeles, enriqueciéndonos con bienes eternos. Que todo esto lo alcancemos por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea dada la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XII (6, 19-7, 13)

Análisis.

Para que la conversión del cristiano sea realmente verdadera, debe volverse totalmente a Dios y darse por entero a él, como se dio antes al mundo; amar la pureza tanto cuanto amó antes la impureza, la justicia como antes la injusticia. Aunque Dios nos haya perdonado todos los pecados pasados, debemos llevarlos delante y enrojecernos de vergüenza. El bautismo, no solamente nos ha librado del pecado y del desorden, sino que nos ha consagrado a la santidad. La gracia que ha derramado en nosotros es una prenda anticipada de la vida y de la gloria eterna que esperamos. Libres de la servidumbre del pecado, hemos de seguir sirviendo en la novedad del espíritu y no en la vejez de la letra.

Jesucristo no se contenta con exigirnos, lo que ya estaba antes mandado. No solamente prohíbe el adulterio, sino aún la simple mirada deshonesta. No solamente prohíbe el perjurio, sino toda clase de juramento; que amemos al amigo y al enemigo.

Nuestra ley no es como la de los judíos que condena; tenemos el espíritu que obra y ayuda. Bajo la ley se hubiera mirado como un prodigio que el hombre hubiera huído del matrimonio, y hoy no hay nada más ordinario que esto en toda la tierra. Antes apenas se podía encontrar uno que despreciase la muerte; hoy se ven pueblos enteros de mártires, no solamente entre los hombres, sino aun entre las mujeres.

Mas no se debe achacar solamente a la ley de Moisés todas las faltas que ocasionó, sino también a la ingratitud y a la dureza de los judíos. No es la Ley, dice San Pablo, la que produjo los malos deseos; fue el pecado, quien con ocasión de la ley, se enfureció más. Cuando se nos prohíbe una cosa que nosotros deseamos, esta prohibición nos la hace mucho más apetecible; pero este nuevo ardor de nuestro deseo irritado, no proviene propiamente de la prohibición, que no prohíbe sino lo malo, sino de nuestra corrupción, que abusa de la prohibición y que saca el fruto contrario. Cuando Pablo dice, pues, que sin la Ley el pecado estaba muerto, solamente quiere decir que no

se le conocía en su maldad y fuerza tanto como después. Los que vivieron antes del Cristianismo conocían el mal, pero no tanto como nosotros, y por eso no eran tampoco tan responsables como nosotros. No es la Ley, por tanto, la causa de nuestros males, sino la concupiscencia y la corrupción interior.

El Crisóstomo muestra la necesidad que tenemos de combatir contra la concupiscencia. Si la práctica de la virtud tiene sus trabajos y asperezas, también tiene sus dulzuras y mayores ventajas. Nada hay comparable a la paz de una buena conciencia, como nada hay tan amargo como el remordimiento y trabajo de un pecador. El medio para vivir en gracia de Dios y lejos del pecado, es no despreciar las cosas pequeñas, porque es mucho más fácil abstenerse del mal al principio, que cortarlo después que ha nacido. Por eso Jesucristo prohíbe aun la mirada deshonesto, para librarnos de otros daños mayores, que luego vienen irremisiblemente.